

“ para los placeres; pero la limpieza de la gobernadora de la Bastilla, solo sirve para causar molestias y desesperacion.”

Hé aquí lo que era entónces la Bastilla, es decir, un infierno en que el miserable gobernador habia encontrado modo de aglomerar nuevos sufrimientos. Ojalá que al ménos no hubiera pasado adelante! pero no habia infamia á que no se mostrara dispuesto, y en que no tomara parte hasta con gusto, como vamos á ver.

Entre los presos enviados á la Bastilla por los sucesores de Malesherbes, habia un tal Danouilh, hombre ciertamente muy poco recomendable, puesto que habia aceptado de los ministros la mision de pasar á Inglaterra como espía. Se le habian dado quinientos luises adelantados, y se disponia á partir, cuando de repente el duque de Castries, que debia darle sus últimas instrucciones, varió de parecer, y pensó que un hombre que recibia dinero de la Francia para espíar á la Inglaterra, podia muy bien, sin hacerse mucho de rogar, aceptar dinero de los ingleses para espíar á los franceses. Aquella era una luz repentina, uno de esos accesos de perspicacia que sabian tener los hombres de Estado de aquel tiempo, y como suelen tenerlos aún á veces los de nuestros dias. La desgracia estuvo en que esa luz habia alumbrado algo tarde el cerebro del noble duque, pues Danouilh habia recibido los quinientos luises. Si un hombre de su calaña coge siempre lo mas que puede, no lo devuelve nunca, y el duque de Castries queria recobrar su dinero.

Danouilh, ignorando la reflexion luminosísima del ministro, fué á verlo para tener con él una última conferencia.

—Amigo mio,—le dijo el duque,—me ha ocurrido un escrúpulo.

—Lo siento, monseñor: nosotros los hombres superiores no deberiamos padecer esas debilidades. Nada hay que embrutezca mas que la conciencia.

—Creo que este pícaro se atreve á compararse conmigo!

—Oh! monseñor, no se me oculta la inmensa distancia que nos separa: á vos toca ordenar, á mí obedecer. En caso de mal éesito, se ahorca á los hombres como yo; y aunque de tarde en tarde se suele ahorcar tambien á los hombres como vos, monseñor, eso es mucho mas raro. Con todo, lo cierto del caso es que ambos hacemos lo mismo, que ambos entendemos la diplomacia.

—Pardiez!—esclamó el ministro,—vaya un bribon desvergonzado!

—Hoy le ha dado á monseñor por los chistes.

—No, zaragate, no hablo de chiste, y ahora comprendo bien qué casta de pájaro sois.

—Soy, monseñor, un hombre que quiere servirlos con celo y adhesion.

—Si, por dinero.

—No creo que monseñor sirva al rey de balde.

—De vos se trata, pícaro! Veamos: os hemos prometido mil luises al año por espíar al gobierno ingles, y habeis aceptado, de lo cual deduzco que si ese gobierno os prometiera dos mil por vendernos . . .

—Resultaria, monseñor, que en vez de correr el riesgo de ser ahorcado del otro lado de la Mancha, estaria igualmente espuesto á serlo de los dos.

—Cuentos!

—Monseñor, un hombre que se ha vendido una vez, pertenece por necesidad en lo sucesivo al mejor postor, de suerte que al que lo compra le toca tomar sus precauciones. Esos son los rudimentos del oficio: un gran diplomático como vos no los puede ignorar.

Danouilh era en realidad un pícaro desvergonzado; pero el ministro era un imbécil, como lo probó de una manera inequívoca, sosteniendo que queria hombres, es decir espías, que no fuesen más que suyos, é intimando á Danouilh que le devolviera en el acto los quinientos luises que le habia dado. El diplomático, como se denominaba á sí mismo, afirmó que los habia gastado, y declaró que nada devolveria.

—Alzado está el telon, monseñor,—dijo al duque,—y no es culpa mia, sino vuestra, que la pieza no se represente. Si os ocurren estemporáneamente lo que que llamais escrúpulos, buen provecho os hagan; mas no seria justo que los pagasen los que no los tienen.

—Quiere decir, pillito redomado, que os rehusais á devolver el dinero?

—Monseñor, cosa es esta que no se ha visto nunca: si yo cometiera tal debilidad, V. E. podria acaso ganar los quinientos luises de que se trata; pero desapareceria completamente la estimacion que me profesa. No puedo, pues, vacilar: el camino del deber me está trazado, y lo sigo.

—El camino que seguís, pillastron, es el de la Bastilla, adonde voy á mandar que os lleven al punto.

—No cabe duda que allí no venderé los secretos de Estado, que me son desconocidos.

El ministro estaba furioso, y el tono sarcástico de su interlocutor lo irritaba cada vez mas. Llama, dá órdenes, y se lleva á Danouilh á la Bastilla, como culpable de haber querido vender los secretos de la Francia. Nómbranse delegados para formarle causa, sin que Danouilh se afecte, en razon de que no habiéndole confiado ningun secreto, ninguno habia podido vender. Lo que se hacia no llevaba evidentemente mas objeto que el de intimidarlo, para obligarlo á devolver el dinero recibido, que habia puesto en seguridad, y que suponía haber gastado, siendo claro que si el proceso continuaba, toda la odiosidad del asunto recaeria sobre el ministro. Creyó, pues, que nada tenia que temer, y la primera declaracion que se le tomó, lo confirmó en su opinion.

Comenzado un segundo interrogatorio en la Bastilla, en la sala del consejo, el acusado lo reputaba insignificante, cuando uno de los delegados le dijo:

—Sois un criminal endurecido, que creéis poder burlaros impunemente de la justicia; pero no será así, y una vez que nos obligais á ello, os harèmos dar tormento.

—Tormento! cuatro años hace que el rey lo abolió.

—El rey no ha podido favorecer á los que lo venden: este es un negocio de Estado, en el que se puede emplear todo el método antiguo.

—Protesto!—esclamó Danouilh,—no hay restricciones en el edicto de abolicion.

—El rey no las ha puesto en efecto, porque ha descansado en el celo de la justicia.

Danouilh no podia dar crédito á semejante infraccion de las leyes, por lo que persuadido de que no se queria mas que asustarlo, para que revelara donde tenia el dinero que habia resuelto no aflojar, continuó resistiéndose. Entre tanto uno de los delegados habia escrito unas cuantas líneas al gobernador: un llavero llevó el billete al marques de Launey, que no tardó en llegar al cuarto del conserge.

—Señor gobernador,—le dijo el delegado,—cuando se trata de servir al rey, ninguna consideracion debe detenernos. Tal es nuestra opinion, y seguramente la vuestra tambien.

—Espero que nadie me hará la injuria de dudarle,—respondió el marques.

—Eso supuesto, os requerimos á que nos ayudeis á obtener el descubrimiento de la verdad en el negocio que nos ocupa en este momento, para lo cual os hacemos espresa peticion de que mandeis traer incontinenti á esta sala del consejo, los instrumentos que sirven para el tormento ordinario y para el extraordinario.

El gobernador se quedó tan sorprendido que no pudo responder. Lo mismo que el desgraciado amenazado con la tortura, no podia creer en una violacion tan fragante y odiosa de la ley. Pasada la primera sorpresa, se persuadió de que no se trataba mas que de espantar al preso, y en consecuencia dió la orden de llevar los instrumentos, que desde la abolicion de la tortura habian sido relegados á la torre del Tesoro, donde se amontonaban todos los libros decomisados para arrojarlos á la hoguera.

—Cómo os llamis?—preguntó el delegado al llavero que llevó las tijeras, los embudos &c.

—José Trécourt,—contestó el carcelero.

Entonces, dictando al escribano, dijo el delegado:

—Nombramos atormentador á José Trécourt, á quien se darán vacaciones por la tortura ordinaria y la extraordinaria en caso de que se necesite.

O bien porque el llavero no se atreviera á negarse al desempeño de aquellas horribles funciones, ó porque lo tentara la promesa de las vacaciones, no reclamó, y obedeciendo al delegado, hizo sentar á Danouilh en la silla del tormento, y lo ató de piés y manos. Comenzó la tortura, y mientras duró, el marques de Launey estuvo en el cuarto del consejo. Probablemente opinaba como el juez Prin-Dandin, que siempre así se pasaba una hora ó dos.

Todo esto parece tan increíble, que no pudiéramos tenerlo por cierto, si no tuviéramos á la vista la siguiente acta, encontrada en la Bastilla en 1789:

“..... Hecho esto, se desnudó á dicho Alejo Danouilh y se le puso en la silla del tormento, se le ataron los brazos y los piés. se le puso la asnilla chica, y se le echó á que dijera la verdad de todo lo que sabe, tocante á los secretos descubiertos por él, y al dinero que ha estafado, manifestándosele que no puede obtener misericordia de Dios ni de los hombres, sino declarando toda la verdad.

“ Danouilh ha contestado que ignora de qué secretos se le habla, y que en cuanto al dinero, no lo ha estafado, sino tomándolo bajo las condiciones con que se le habia ofrecido, las que nunca se ha rehusado á llenar.

“ Se le quitó la asnilla mencionada, y se derramó el primer cántaro de la tortura ordinaria.

“ El dijo que se le queria matar y no juzgar, de lo cual protestaba.

“ Echóse á decir la verdad, y advertido de que nada dijera para inculparse se ó vindicarse, que no fuese enteramente esacto.

“ Ha dicho que nada sabe, y que no puede consentir en privarse de un bien justamente adquirido.

“ Al segundo cántaro del tormento ordinario,

“ Ha gritado que el culpable no es él, sino monseñor el duque de Castries, el cual no merecia crédito, por haber faltado á su palabra.

“ Al tercer cántaro,

“ No ha dicho nada.

“ Al cuarto y último,

“ Ha exclamado que no puede mas: que se suspenda el tormento, y que dirá lo que se desea saber.

“ Suspensa en efecto la tortura,

“ Ha dicho que el dinero recibido, lo ha gastado en su mayor parte; pero que si se le devuelve la libertad, pedirá prestado á sus amigos para restituirlo integro: que eso era sin duda, cuanto se podría esigirle, una vez que en lo relativo á los secretos, no habia podido venderlos, puesto que los ignoraba.

“ Comenzado el tormento extraordinario, al quinto cántaro,

“ Ha gritado: Ah! Dios mio, Dios mio! y nada mas.

“ Al sexto cántaro de agua y segundo de la tortura extraordinaria,

“ Ha exclamado que se muere, y que va á revelar adonde está el dinero que le ha dado monseñor el duque de Castries.

“ Vuelta á suspender la tortura,

“ Ha dicho que lo lleven á su casa, y que entregará toda la suma.

“ Hecho así, y en virtud de que ha sufrido el tormento ordinario y la mitad del extraordinario, se le ha desatado, despues de lo cual el señor Lecoq, cirujano, que ha estado presente, nos ha manifestado que Danouilh se hinchaba notablemente, y que era peligroso prolongar las torturas, por lo que se ha puesto á dicho Danouilh en un colchon junto al fuego, y leidas que le han sido

“sus declaraciones dadas durante el tormento, ha afirmado que son verdícas, “se ha ratificado en ellas, y ha firmado la minuta.”

Queda, pues, comprobado de una manera plena, que mas de cuatro años despues de la abolicion legal del tormento se le aplicaba todavía á ciertos presos de la Bastilla, y que el gobernador de Launey autorizaba la perpetracion de esos crímenes inalicables, para los que proporcionaba los instrumentos, y dejaba que los carceleros desempeñaran las funciones de atormentadores.

Danouilh cumplió la promesa que los sufrimientos le habian arrancado, devolviendo los quinientos luses, y fué puesto en libertad.

Los literatos, los impresores, los librereros, continuaron poblando la Bastilla en tiempo de Luis XVI. Hé aquí un ejemplo entre mil de la infame arbitrariedad que presidia en general á esas prisiones. Como la imprenta no era libre, se vendia una infinidad de libros impresos en Holanda, en donde se falsificaban ademas todos los impresos en Francia, restableciendo los trozos que la censura francesa habia obligado al autor á suprimir ó modificar. Resultaba de ahí que los impresores franceses se arruinaban en provecho de los holandeses, sin beneficio ni daño del público, de las costumbres, de la religion y de las opiniones filosóficas y políticas. De tarde en tarde se descubrian algunas de esas supuestas falsificaciones, pues era necesario, para distinguir la *buena edicion*, que era en concepto de la policia la trunca, de la *mala*, en que nada faltaba, compararlas, operacion larga, que no podia practicarse sino por corchetes letrados, personajes que, digámoslo en honor de la época, eran entónces bastante raros.

No se pasaba semana sin que el guarda-sellos echara á M. Lenoir, superintendente general de policia, alguna dura fraterna, relativa al asunto. El superintendente contestaba que sus *letrados* no descansaban, y que para aumentarlos, necesitaba gastar sumas enormes. Fatigado de quejarse inútilmente, el guarda-sellos, que á todo le encontraba salida, imaginó echar leva de corchetes letrados; y para comenzar, mandó llamar á uno de los principales librereros de Paris, llamado Guillermo Debure.

—Amigo mio,—le dijo el ministro,—disfrutais el concepto de hábil en vuestra profesion.

—Monseñor, he pasado mi vida entre libros, por lo que no es extraño que los conozca bien.

—Eso es precisamente lo que quiero decir. En nada os parecéis á esos animales empleados por Lenoir, que equivocarian con el mayor salero un almanaque de Lieja, con un Elzevir, y vos sois capaz de conocer á primera vista un libro impreso en Holanda, por mas que se lea en su frontispicio: *Con aprobacion y privilegio del rey*.

—Eso es en efecto, fácil para mí.

—En tal caso, os ordeno y encargo que visiteis en compañía de un inspector de policia, todas las librerías de Paris, para descubrir los libros falsificados.

—Monseñor, no admito el encargo.

—Preciso será sin embargo, que lo admitais, porque tal es mi decision.

—Quedaría yo deshonrado, si tal fuera mi conducta. Permittedme que me limite á seguir vendiendo libros. Ni pertenezco, ni quiero pertenecer á la policia.

—Cuando se trata del servicio del rey, la eleccion no es libre.

—Monseñor, nada en el mundo me determinará á hacer lo que me proponéis.

—No propongo, mando: escijo que se haga lo que he dicho.

—Y yo,—esclamó el honrado librero indignado,—os repito que no lo he de hacer.

—Hoy mismo se os notificará una ordenanza real, que os obligará á obedecer.

—Obrad como gustéis, monseñor. Tendrá que ver que el rey use de su omnipotente autoridad para forzar á uno de sus mas humildes súbditos á hacer una cosa vergonzosa y despreciable.

El ministro era tenaz, Debure resuelto: ambos se separaron con la resolucion de no cejar. Ambos cumplieron su palabra: el guarda-sellos hizo notificar al librero una ordenanza real; el librero protestó y declaró que, sucediera lo que sucediera, no obedeceria. Espídese una orden de prision: aprehéndese á Debure, y métesele en la Bastilla. Si solicita jueces, no se le hace caso: si se queja de que no le toman declaracion, sus quejas no son oidas mas que de los carceleros, que es como si no lo fueran de nadie. Por último, obtiene una audiencia del gobernador, quien le dice que su asunto anda mal, por haber desobedecido formalmente á las órdenes del rey, y que muchos han entrado por ménos á la Bastilla para nunca salir de allí.

—Pero á lo menos me juzgarán,—dijo el librero.

—No se juzga á los locos, y lo que habeis hecho es un acto tan patente de locura, que no estrañaria que estuviera ya dada la orden de trasladaros á Charenton.

Debure estaba desesperado. Por fortuna su disputa con el guarda-sellos habia metido ruido: sus cofrades le agradecian su honrosa resistencia; y en cuanto desapareció, adivinaron lo que le habia sucedido. En el acto se reunió toda la corporacion, la cual envió una diputacion al guarda-sellos, quien trató á los diputados de facciosos y alborotadores, amenazándoles con poner á todos en juicio. Los librereros insisten, protestan su respeto á la ley, declaran que los facciosos son los que infrigen las que tienen obligacion de guardar. El asunto no tarda en ser conocido de todo Paris, de la Francia entera, produciendo una agitacion estraordinaria.

El parlamento, no obstante sus pretensiones de popularidad, no era ciertamente defensor acérrimo de los derechos de los ciudadanos; pero como le era muy sensible la pérdida de su pasada autoridad, y como apróvechaba con sumo gusto las oportunidades de hacer oposicion, se avoca el negocio, manda comparecer al superintendente general de policia, y amenaza con no pararse en tan po-

co, lo cual sirve para que se espida la orden de poner en libertad à Guillermo Debure.

—Si se repiten estos ejemplares,—dijo el marqués de Launey, despues de leer el documento,—adios de la Bastilla. Cada dia se ven con mas desprecio los grandes principios de autoridad, únicos que pueden hacernos vivir.

Y por via de consuelo no soltó á Debure hasta tres días despues. Ganaba así veinte libras, y no eran despreciables veinte libras para quien de todo sacaba dinero. Y de santos debian darse los presos cuando se contentaba con eso, pues gracias al régimen establecido en su gobierno, todo le era licito, sin que tuviera que dar cuenta de nada, segun afirma Linguet, á quien ya hemos citado.

“El primer artículo de su código,” dice hablando del gobernador y de los oficiales de la Bastilla, “es el misterio impenetrable que encubre todas sus operaciones, misterio que se estiende hasta poner en duda, no solamente la residencia, sino hasta la vida del hombre que desaparece entre sus manos: misterio que no se limita á prohibir sin escepcion que reciba cualquier noticia capaz de consolarlo ó distraerlo, sino que impide igualmente que se averigüe donde están y aún si existe todavía. Un oficial de la Bastilla sostiene con desparpajo, cuando se le pregunta por un hombre á quien vé todos los días, que no lo conoce ni lo ha visto nunca. Cuando mis amigos solicitaban del ministro á cuyo cargo corren estas prisiones, el permiso de verme, se fingia asombrado de que me creyeran en la Bastilla. El gobernador ha jurado á menudo á varios de ellos, bajo su palabra de honor de caballero, que no estaba yo allí, y que ni ocho días había estado.”

“A lo menos cuando hay formacion de causa, se sabe à qué se refiere la acusacion, hasta qué punto llega, y el estado que guarda, sin perder á la víctima de vista hasta el momento del sacrificio ó del triunfo. La inquietud tiene sus límites, y el dolor sus consuelos. Pero aquí, miéntras el infeliz oculto á los ojos de todos acusa á sus amigos, á su familia, de que lo olvidan, unos y otra tiemblan de que se les impute à crimen el acordarse de él. Su cautividad depende de un capricho, sus grillos pueden caer à cada instante, ó perpetuarse sin fin: cada día es, así para los que esperan volver á verlo, como para él, un periodo completo en que agotan todas las congojas de la incertidumbre, todos los horrores de la privacion. Por la mañana se llora con el recuerdo de lo que se ha sufrido, y por la noche por la certeza de lo que falta que sufrir, sin que sea siquiera posible entrever el término de esos suplicios.

“Las tinieblas son mas espesas en la Bastilla, é impiden ver y ser visto. No solo quitan al preso el conocimiento de lo que puede interesarle personalmente, la facultad de arreglar sus propios negocios, de impedir con argumentos definitivos ó provisionales su ruina y á veces la de sus corresponsales: no solo se le priva de alumbrar á sus protectores, de desarmar á sus enemigos, y en una palabra de cuanto pudiera serle útil, sino que le ocultan hasta los negocios

“públicos que pudieran distraerle. Estraño para el universo entero, no se le permite ni siquiera informarse de lo que pasa en él. Y hay tal vez en esos calabozos quien fatiga diariamente con sus súplicas á Luis XV y al duque de La Vrillere, muertos hace diez años. De esta ignorancia activa y pasiva resultan tan esfuerzos infinitamente funestos para el infeliz tratado de esa suerte, que si no ha sido sacrificado por ejemplo sino á la venganza personal de un funcionario, no lo consuela ni la caída de ese coloso, cuya prosperidad lo ha arruinado. De nada le sirve el cambio, puesto que no lo sabe. El sucesor mas bien piensa en emplear el propio recurso, que en reparar los males que ha causado. El prisionero continúa en la Bastilla, no porque se desee su permanencia, sino porque está allí, porque lo olvidan, porque no median solicitudes, y porque nada iguala á la dificultad de salir de ese pozo mortífero como no sea la facilidad de caer en él.”

A mediados del reinado de Luis XVI fué cuando la composicion, la impresion y la venta de folletos, poblaron mas que nunca la Bastilla de gente de toda especie. Jamás, ni en tiempo de la omnipotencia de la marquesa de Pompadour y de la condesa du Barry, se habia aprehendido á la vez á tantos escritores, á tanto simpresores, á tantos libreros, á tantos vendedores &c., lo cual procedia de una ingeniosa estratagema del superintendente general de policia Lenoir, que habia imaginado metamorfosear á algunos de sus agentes en publicadores de esa especie de libros, para engatusar á todos los demas, que creyendo habérselas con cofrades, caian en el garlito. La Francia entera estaba inundada de esas producciones, cuyos títulos solo llenarian tomos enteros. Hablarémos solamente de los principales escritores que fueron víctimas de esa persecucion de la inteligencia, á cuya cabeza merece ir el abate Duvernet, autor muy cáustico, pero tambien muy prudente, que habia tomado tan bien sus medidas para la publicacion de sus primeras obras, que no habia dejado el menor pretexto á sus persecuidores. Lenoir rabiaba, porque sabia que el abate se preparaba á publicar una nueva obra, y temia que se le escabullera como siempre. Entónces se presentó en casa de Duvernet un personaje, que dijo ser librero holandés, venido á Paris sin mas objeto que el de adquirir algunos libros de los principales escritores franceses modernos. El abate lo recibió de pronto con desconfianza: el holandés le ofreció darle cuantas seguridades quisiera, y entónces confiesa Duvernet que acaba de dar amorosamente la última mano á una obra nueva. Se entra en pláticas, se ponen de acuerdo, el librero compra, paga, y se va con el manuscrito.

A poco sabe el abate Duvernet, que su libro se ha impreso en Paris y puésto-se su nombre en el título. Se dirige asustado á ver al superintendente de policia, y queriendo dar pruebas de su buena fé, confiesa que es efectivamente el autor del libro, si bien agrega que á nadie ha dado la autorizacion de imprimirlo.

—Ni siquiera á los holandeses?—pregunta Lenoir.

—Eso es otra cosa,—responde Duvernet:—lo que no es permitido en un país, puede serlo en otro. En Amsterdam la publicacion es enteramente inocente: en Paris, es un delito; yo he obrado con inocencia y no he incurrido en culpabilidad.

—Sí habeis incurrido,—replicó Lenoir,—y voy á probaros que las dos ediciones son idénticas.

Y enseñó el abate un ejemplar de cada una. Duvernet, aunque aterrado, trató de hacer frente á la borrasca.

—Falta probar,—dijo,—que no me han robado el manuscrito de esta obra.

Lenoir contestó á esta observacion presentando al autor el recibo de la suma que le habia dado el supuesto librero holandés. El abate estaba vencido: bajó la cabeza, y en la misma noche entró en la Bastilla.

Pero los sacerdotes eran presos molestos: se temia que los favoreciera el espíritu de corporacion, en virtud de que una palabra bastaba para ponerlo en juego. Con alguna docilidad no hubiera pasado Duvernet mas que unos cuantos meses encarcelado; mas como se manifestaba impasible, resignado, duró preso cerca de tres años. Vuelto á la libertad, escribió una historia de la Sorbona, que lo volvió á llevar á la cárcel, aunque solo por pocos meses, pues si bien la Bastilla seguia siendo una horrible mansion, los filósofos le hacian una guerra tan obstinada, que el monstruo solia verse obligado á esconder la pata para que no le cortaran las uñas.

Brissot de Varville no salió tan bien librado. Como habia vivido algun tiempo en Inglaterra, y como era uno de los escritores mas notables de la época, se le acusó de ser el autor de los principales folletos publicados en Lóndres contra la corte de Francia. Brissot negó, sostuvo que no habia escrito ninguno de ellos, y que no habia ido á Lóndres mas que para estudiar las costumbres y usos ingleses. Sabido es el caso que se hacia de las protestas y reclamaciones de los desgraciados que custodiaba el marques de Launey: no se puede decir que se las llevaba el viento, porque ni el viento las recogia: hechas de viva voz, quedaban sofocadas entre las paredes; escritas, se les daba carpetazo en la escribanía. Nada obtuvo Brissot: él queria ser juzgado, y ni siquiera se le tomó declaracion. Culpable ó no, su prision no podia ménos de agradar mucho á los ministros, que tenian así un hombre de talento ménos que temer, así como al gobernador, cuyos emolumentos aumentaba.—Tal fué tambien la suerte del marques de Pelleport, que despues de arruinarse en empresas arriesgadas, habia encontrado un modo honroso de vivir en su talento de escritor. Para evitar las infamias de un poder suspicaz, habia ido á fijarse en Lóndres, desde dande enviaba á su muger y á sus cuatro hijos el dinero necesario para su subsistencia. Al principio pareció poco temible, porque hasta entónces no habia publicado mas que obras serias; pero él quiso probar que sabia manejar igualmente el arma del ridículo, y dió á luz un opúsculo intitulado: *El diablo en una pileta de agua bendita*, que era una sátira sangrienta é ingeniosa de los ministros franceses y de lo que se lla-

maba en Versalles el partido de la corte. La obra tuvo una boga inmensa, á pesar de que se vendia á peso de oro, á causa de los peligros que corrian los que la espendian, y circuló por todas partes. Fué el platillo de la conversacion, el único asunto del dia. Desde aquel momento se resolvió la pérdida del marques, y para que volviera á Francia se obró de la manera siguiente.

El marques habia servido en otro tiempo con distincion en las colonias. Al retirarse del servicio, no habia obtenido ni sueldo ni pension de retiro, y se habia abstenido de solicitarla, porque sus proporciones le permitian entónces privarse de ese recurso; y aunque posteriormente habia intentado hacer valer sus derechos, desde que se habia retirado á Inglaterra habian cesado sus pretensiones. De ese arbitrio se valieron sus enemigos. Un dia recibió la marquesa de Pelleport, que aunque vivia en Suiza con sus hijos, se encontraba momentáneamente en Paris, la visita de un oficial que se dijo enviado por el ministro de la guerra, y encargado de manifestar á la señora, cuán de sentirse era que su marido se hubiera constituido gratuitamente en enemigo del gobierno, cuando habia la mejor disposicion para hacerle plena justicia. Agregó que todos los ministros estaban sinceramente afligidos de que un hombre de mérito como el marques, no hubiera solicitado una mision honrosa y productiva, que le hubieran dado en el acto: todos reconocian sus derechos á una pension de retiro por sus antiguos servicios. La aparicion del folleto del *Diablo en una pileta de agua bendita* los habia afligido, sin alterar empero sus buenas intenciones, de suerte que de solo el marques dependia cambiar la posicion precaria en que debia encontrarse, por otra muy honrosa y mucho mas sólida.

Seducida con estas alhagüeñas promesas y con el tono de franqueza que las acompañaba, la marquesa prometió comunicarlas á su marido, lo que se apresuró á hacer. El marques, mas desconfiado, sospechó el lazo, y encargó á su muger que viera al superintendente general de policia Lenoir, uno de los funcionarios mas maltratados en el folleto que metia tanto ruido, á fin de cerciorarse de sus disposiciones para con el autor de aquel escrito.

Lenoir recibió á la marquesa con la mayor amabilidad: le dijo que los ministros trataban en efecto de hacer cuanto pudieran en favor de M. de Pelleport: y que él por su parte tendria sumo gusto en hacerse amigo de un hombre de tan relevante mérito, y de proporcionarle la oportunidad de conocer el error en que habia incurrido al tratarlo tan mal.

A pesar de tantas seguridades, el marques vacilaba en dejar su retiro, en que estaba en seguridad, para ponerse en manos de los hombres poderosos que habia ofendido diciendo la verdad; pero la marquesa insistió tanto que lo determinó. Ah! bien cara debia pagar su credulidad! De vuelta en Paris, Pelleport no tuvo ni siquiera el gusto de abrazar á su muger y á sus hijos. Asaltado en la mitad de la calle por una patrulla de escentos, se le arastró á la Bastilla, sin hacer caso de sus reclamaciones y protestas. De allí escribió á Lenoir y al ministro Vergennes, reconviéndoles por su vil traicion: ya se supondrá cual fué el